

La compensación educativa en las zonas desfavorecidas

Pedro Casas Álvarez

Sociólogo. Movimiento por la Calidad de la Educación en el Sur y Este de Madrid

En los barrios periféricos de las ciudades habitan los trabajadores con recursos económicos y culturales más limitados; en ellos además se concentran los asentamientos de las minorías étnicas, culturales y los inmigrantes, impulsado por una Administración que fomenta los guetos y las urbanizaciones residenciales *amuralladas* aisladas de la realidad.

Los niños y jóvenes procedentes de familias y núcleos desfavorecidos, económica y culturalmente, tienen mayores dificultades, en el progreso formativo, que otros de su misma edad; pero no por deficiencias mentales, sino por la carencia de los hábitos adecuados que le ayuden a cumplir las exigencias de un sistema escolar rígido que desprecia sus habilidades y capacidades. A partir de los diez u once años, estas dificultades se convierten en rechazos manifiestos, con el posterior abandono prematuro, al que arrastran a otros compañeros, quizá con más posibilidades de desarrollo. Si recordamos que algunos de estos adolescentes han carecido también de una buena socialización primaria, de su familia, no es extraño que se vean abocados a conductas y grupos marginales y delictivos, sin que se hayan puesto los medios necesarios para evitarlo.

Este llamado fracaso escolar, no es de los individuos que lo padecen, sino de todo el sistema escolar, incapaz de adaptarse a las características y necesidades de los que son sus destinatarios, los estudiantes, y de suplir las graves carencias de origen que algunos de ellos presentan. Y se trata de un fracaso de dimensiones colosales si tenemos en cuenta que esos mismos chavales que abandonan a los 11, 12 o más años, permanecen en una institución (la escolar) desde los 3 o 6 años, 7 horas diarias y 9 meses durante, al menos, los 6 u 8 años seguramente más importantes de su vida, en lo que a su educación se refiere.

Desde el Movimiento por la Calidad de la Educación en el Sur y Este de Madrid consideramos que existen numerosas medidas, cuya eficacia se ha demostrado en tantos experimentos sin continuidad y que no se ponen en práctica por falta de voluntad. Éstas serían algunas:

- La formación y educación debe estar adaptada a la realidad y preocupaciones de los estudiantes, de condiciones sociales y familiares tan dispares, abriendo los centros escolares al entorno social del que forman parte, y del que no se deben aislar como absurdamente pretenden en la actualidad. Los centros y los docentes deben aprovechar los recursos pedagógicos que ofrece el entorno, al tiempo que la instituciones deben implicarse en la educación de manera coordinada.
- Es necesario desarrollar una flexibilidad organizativa que permita la atención a la diversidad y al currículo personal de los estudiantes, rechazando las experiencias segregadoras que se están desarrollando al calor de esta *diversidad*.
- Debe actuarse desde edades tempranas, cuando los resultados son más eficaces y duraderos, y las medidas suelen tener un coste inferior.
- El número de alumnos, no sólo por aula, sino también por profesor, debe reducirse para poder tener el contacto más personalizado que una educación de calidad requiere.

- El profesorado que trabaja en estas zonas, y en particular en algunos centros, debe ser el adecuado, comprometido con un proyecto educativo global, y con una formación específica, que tenga presente la pluralidad cultural de la sociedad española y de nuestras aulas.

- La población escolar más desfavorecida debe estar distribuida de manera equilibrada entre todos los centros educativos, en particular los sostenidos con fondos públicos, para garantizar una igualdad de oportunidades y una educación integradora a todos los niños y jóvenes. Deben desaparecer todos los centros gueto, tanto los de elevado número de alumnos en situación de desventaja, como los elitistas que excluyen a los *malos* estudiantes, y que fomentan, en la práctica, las actitudes segregadoras, racistas e insolidarias, contrarias a los principios en los que se basa nuestra Constitución y el sistema educativo. Es lamentable, y a la vez grotesco, que sea precisamente la Iglesia, titular de muchos centros concertados, la que expulse de muchas de sus escuelas a los alumnos que más ayuda necesitan. Y es una irresponsabilidad de la Administración que consienta y financie estas prácticas injustificables.